

Al cabo de una hora llegó René: al entrar vió á Roberto, dejó su albornoz sobre un mueble, y dirigiéndose á él, le preguntó:

—¿Por qué me has dejado allí sola? ¿Qué te pasa? ¿Te he desagradado?

—¡Oh! (dijo Roberto.) ¿Ambicionáis proclamar vuestra deshonra?

—¿Te incomodaste porque te hablé?....

—Sí, señora.

—¡Pero tú eres un loco!

—¡Lo que es locura es el nombre de Roberto lanzado ante todo el mundo!

—¡Bien! ¡Pero si yo quiero que todo el mundo sepa que eres mío! ¿No tengo derecho para hacerlo? ¿No me amas?

—¡René!

—¡Hubiera querido poder reunir allí al mundo entero, para decirle sin ambages ni rodeos que soy tu querida!

—¡Ah! (respondió Roberto.) ¡Temed, señora, que el mundo lo sepa demasiado pronto! ¡Esa sería la venganza de aquel á quien nosotros hemos engañado tan indignamente! ¿No os asusta el desprecio que inspira la deshonra?

—No, —dijo ella.

El desdeñoso movimiento de sus labios denunciaba esta verdad. Levantó la cabeza con aire de desafío.

—¡Tenéis mucho valor! (dijo Roberto con

frialidad.) Á mí la deshonra me espanta. Os ruego que otra vez guardéis vuestras confidencias. Y, en resumen, ¿creéis que vuestro último procedimiento ha sido digno?

Había tal severidad en aquellas palabras, que René no pudo reprimir un movimiento de cólera; se quitó uno de sus brazaletes, lo arrojó sobre la mesa, y se sentó.

Roberto, levantándose, la saludó, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Roberto! (dijo René.) Tened cuidado! ¡Si llego á ser vuestra enemiga, os acordaréis!....

—¡Eso me llenaría de satisfacción! ¿Me amáis lo bastante para hacerlo?

Abrió la puerta, y se alejó. Ella le vió alejarse, y quedó mordiéndose los guantes, con los ojos preñados de lágrimas, y ardiendo en el fuego de la desesperación.

## IX.

René se sentía herida en su vanidad de mujer, castigada en su coquetería y ulcerado su corazón. ¿Aquel nombre de enemigo no era ya un reto á muerte? Comprendía cada vez más la necesidad de hacer sufrir á Roberto Burat lo que ella venía sufriendo. Se irritaba al ver

escapársele lo que la había pertenecido por completo poco antes. Se acordaba con cólera de aquel tiempo en que Roberto temblaba de amor al hablarle.

Creía que toda la culpa era de Thévenin, y su odio contra éste crecía á pasos agigantados. Se miraba al espejo, preguntándose si conservaba aún toda su belleza, y se inquietaba ante la idea de que podía envejecer. ¡Pero no, se decía; cuando todos los concurrentes á la Ópera se habían fijado en ella, llegando hasta tener un momento de triunfo, no tenía nada que temer! Pero el desdén tan sólo de Roberto había envenenado su alegría; hubiera preferido una mirada ó una palabra de éste, á todas las admiraciones de la multitud.

Sin embargo, no se creía vencida: ¡apelaría á otras armas! Roberto, de temperamento nervioso, triste y desgraciado, por razón natural, debía de ser celoso. Había sorprendido muchas veces sus ardientes ojos fijos en el barón Gueraud, demostrando estarlo. Estos celos podían servir á sus propósitos. René encontró para este objeto una nueva idea, y esperó tranquilamente la victoria. Él acostumbraba á ir muchas veces á casa de René: encontró sentado una tarde, en el rincón de la chimenea, en su sitio predilecto, cuando aún amaba á René, un nuevo hijo de Adán, que

hablaba y reía con ella. René aparentaba tener una gran intimidación con él; estaba engalanada con mucha coquetería, mostrándose muy satisfecha. Presentó al desconocido á Roberto bajo el nombre del señor de Mancourt.

—Caballero (dijo el presentado), permitidme que os felicite por vuestra magnífica obra, que ha sido discutida en casa de mi tía de una manera muy favorable y justa para V. ¡Yo no la he leído, pero el secretario de mi padre me la ha ponderado mucho!

El señor de Mancourt era joven, rico, elegante, vizconde, *sportman*, rubio como un inglés, alto, delgado y de aire un poco pedantesco.

Roberto, sonriendo á estos elogios, se sentó. René afectaba dirigirse poco á él, y hablaba al señor de Mancourt, que parecía muy satisfecho de ello. La buena acogida dispensada por la señora de Gèvres á aquel joven, que había sido presentado por el barón Gueraud, hizo que éste quedara muy complacido. Se retiró pronto, ansioso de contar á sus amigos en el club el principio de lo que él consideraba una de sus aventuras. Roberto no se ocupó del señor de Mancourt cuando quedaron solos.

Ella creía haber puesto el dedo en la llaga, y el silencio de Roberto le parecía afectado.

—¡El despecho le embarga! (se decía.) ¡Es mío!

El señor de Mancourt volvió á casa de René uno de esos días de reuniones íntimas á las que Roberto se había considerado tan dichoso con asistir en otro tiempo.

René le colmaba de atenciones, y tratándole con mucha dulzura y amabilidad, miraba á Roberto, sonriendo al mismo tiempo el Vizconde. Roberto parecía ignorar por completo lo que pasaba. Aquella indiferencia, que René había tomado por encubiertos celos, acabó muy pronto por desconcertarla. Buscaba en la menor palabra, en el menor movimiento de éste, la huella del despecho que esperaba causarle; él no dejaba sospechar nada. Parecía completamente indiferente, y le importaba poco el señor de Mancourt.

La cólera de René aumentaba. Comprendía su poca influencia sobre él. ¡Acaso sería de mármol aquel hombre! Se ponía furiosa consigo misma por su falta de valor para arrojarlo de su casa, poniéndole en la calle como á un lacayo. Roberto se desligaba cada día más de ella, y aunque iba á verla muy pocas veces, le esperaba siempre con impaciencia. Le escribía pidiéndole que fuera cuando tardaba en hacerlo, apoderándose de todo su ser una especie de fiebre, de desesperación. Muchas veces se vestía con intención de ir á su casa. Estaba persuadida de que la engañaba. «Tan sólo el amor

de otra mujer (se decía) podía desviarle así de mi cariño.» ¡Una mujer! Este pensamiento crispaba sus nervios. La exaltaban terribles ideas de asesinato. Tenía miedo de sí misma. Se decidía á esperar de nuevo. Un campanillazo la hacía temblar. ¡Es él! Él llegaba allí triste, fatigado, oía sin contestar los reproches y las protestas de René; parecía preocupado por otras cosas, dejando escapar algunas veces frases de amargura.

René se acordaba de aquel tiempo en que con tanto imperio hubiera arrojado de su casa al que no la hubiera besado las plantas de los pies; pero ante el desprecio de Roberto inclinaba su frente. Roberto la había dominado. ¿Qué le importaría á él ser arrojado de su lado, si los pocos momentos que pasaba cerca de ella los lamentaba como lamenta un avaro el dinero que da por compromiso? Su único afán era emplear todo su tiempo en su obra, en la obra de Thévenin. Se absorbía por completo en este trabajo, que tanto excitaba los celos de René. Cuando ella le acusaba de tener una querida, le contestaba que sí, que esa otra querida era su pensamiento. Hubiera querido matar en él todo lo que tenía de escritor y aún de alma noble.

Pero era preciso renunciar á esto. Encontró la horma de su zapato, como vulgarmente

se dice. Desengañó pronto á aquel inútil maniquí que se llamaba el señor de Mancourt, haciéndole comprender (cuando él la reclamó el pago de su asiduidad) que no reunía ninguna de las cualidades que podían conquistar el corazón de una mujer como ella. Los celos, de que quería valerse como un arma, habían sido inútiles para obtener resultado alguno; no necesitaba, pues, al señor de Mancourt. Á medida que Roberto se mostraba menos visible y más indiferente, mayor era el amor y la admiración de ella, encontrándole más grande y de sentimientos más elevados. Y aunque su físico no era nada agradable, le adoraba, y aún cuando le hubiera visto descender al abismo, se hubiera arrojado con él. Estaba vencida.

En esta lucha, René tenía tantas probabilidades de salir derrotada como triunfante. Su cólera tenía siniestras alegrías, capaces de asustar á otro que no hubiera sido Roberto. Aquella desconocida pasión á que se sentía impulsada por el desdén de Roberto, se trocaba en proyectos insensatos, en esos momentos en que la sangre hierve ó el cerebro fermenta, y en los que se crean horribles ideas de venganza. René no podía resignarse con el desdén de su amante. Su amor tenía mucha semejanza con el odio. Estaba nerviosa, irritable, y se la notaba el color amarillo de los biliosos: sus

ojos revelaban desde hacía algún tiempo una alegría siniestra. *La mala sangre* del despecho la atormentaba; á menudo se sumergía en sueños de venganza, en los que veía á Roberto sumiso, pálido y atormentado. Creía conocer el flaco de éste y la manera de herirle. Tuvo sus vacilaciones, pero se decidió por fin á todo. El barón Gueraud la comparó una noche sonriendo á *Hermione*: era una de las noches de reunión en casa de René, en que por casualidad se encontraba Roberto, que iba ya rara vez á éstas. René le veía sentado en un sillón, con la levita abrochada hasta el cuello, vestido de negro, con el rostro pálido, serio y tranquilo: sentía deseos de arrojarle sobre aquel mármol viviente y acometerle con rabia. El señor Lehardy habló de un artículo que había publicado aquella mañana *El Nacional*, ocupándose extensamente y con elogio del libro de Roberto Burat.

—¡Ah! ¡Ya lo creo! (dijo el Barón sonriendo.) ¡Los lobos no se muerden unos á otros!...

—No he leído ese artículo (dijo Roberto), y puedo asegurar que no conozco al autor. Tengo la ilusión de creer que mis ideas son también las ideas de una pequeña parte de la sociedad.

—¿Queréis un consejo, señor Burat?—dijo el par de Francia.

Roberto se inclinó, y se acercó á él para oírle más de cerca.

—Pues bien (continuó el Barón); perded esa costumbre de creeros en minoría, porque, al fin y al cabo, no pasaréis por modesto ante la sociedad, siempre dispuesta á creer lo contrario de lo que se le dice.

—Gracias por el aviso (contestó Roberto). Pero puedo aseguraros que no pido nada á nadie, y que me contento con proclamar las ideas que creo mejores. Y si éstas no son las de la mayoría, tanto peor para mí y para la mayoría; pero, al fin, y á fuerza de predicar la verdad, se llega á conseguir un resultado.

—¡Ah! Veamos cuál es ese resultado.

—Es muy sencillo: á conseguir que la mayoría sea de nuestro parecer, y la minoría se componga tan sólo de los rezagados y de los faltos de criterio.

—¿Entonces esperáis que vuestras ideas se popularicen?...

—¡Estoy cierto de ello! Lo único que falta para esto es tiempo.

—¡No llegaréis á ver el triunfo!....

—¿Qué me importa? ¿Creéis que el egoísmo sea la regla de mi conducta política?

—¡No! Pero sería bueno que pudierais encontrar en vida la satisfacción de vuestras as-

piraciones, como podéis encontrar las de vuestro apetito.

—Hay una hermosa frase de Jesucristo, señor Barón: *Mi reino no es de este mundo*. Algo de eso es mi divisa. Pero es preciso esperar que ese reino ideal baje algún día de lo alto. No despreciemos tanto á los utopistas; pertenecen á los buenos.

—¡Bien! (dijo el Barón.) En el fondo de esos sueños, ¿pensáis en la separación total de la Iglesia y el Estado?

—Esta consecuencia inmediata de mi libro es la regla que seguirán en el porvenir. Esa que llamáis quimera, es ya una realidad en Bélgica. Hemos soportado bastante tiempo las impertinencias del Concordato, y se trata de volver, para corregirlos, sobre esos artículos de organización, que sostienen entre el Estado y la Iglesia una guerra lenta. El Estado no debe nada á la Iglesia, y la Iglesia (yo así lo creo) debe sostenerse por sí misma. Que cada cual sostenga su culto y sus sacerdotes, si quiere tenerlos. Se discute hoy sobre las máximas que traen su origen del siglo xvi; pero Bossuet ha estado muy oportuno al repetir que las palabras de Pedro Pithou no son de este siglo. Separación; esto es lo que resuelve el problema; separación, ó Libertad, mejor dicho, porque es verdaderamente la

palabra mágica que abre todas las puertas.

—¿De modo que coartáis la libertad de la Iglesia?

—¡ Por el contrario, se la doy amplia !

— Eso es grave,—dijo el señor Lehardy, moviendo la cabeza.

René escuchaba llena de fastidio esta polémica, y, sin embargo, llamaba su atención aquel choque de opiniones en que Roberto dominaba.

El barón Gueraud contestaba con sentencias, sin levantar la voz, sin perder la calma, mientras que el señor Lehardy lanzaba de tiempo en tiempo una frase conservadora, y Roberto se entusiasmaba hablando.

El Barón le llamaba sonriéndose socialista; Roberto aceptaba la palabra, y el señor Lehardy se encolerizaba. René cortó el nudo gordiano de aquella conversación, y como era tarde, se retiraron. Una vez sola, se puso á reflexionar, y llegó poco á poco hasta descubrir el flaco por donde atacar á su buen amigo. Se acostó, tomó un libro al azar para leer, y era justamente el libro de Roberto. Lo leyó sentada en la cama, mientras que la lámpara reflejaba en la pared sus hermosos contornos medio desnudos.

—¡ Es orgulloso ! (se decía, recorriendo las ardientes páginas en que Roberto había expla-

nado todas sus convicciones y todas sus esperanzas.) ¡ Pues bien ; le atacaré en su orgullo !

Esperaba, como siempre, atraerle. Quería defenderse hasta el último momento contra él. En sus visitas, que iban siendo cada vez más raras, Roberto notó en la fisonomía de René una misteriosa sonrisa, que ocultaba algún designio. No había pensado hasta entonces en que pudiera venir de ella ningún peligro serio; pero su actitud reservada y silenciosa le ponía sobre sí. Veía en sus ojos una alegría desusada, que era una amenaza segura. Aquella malignidad evidente, y algunas palabras dichas al descuido, cuyo significado no se tomó la molestia de preguntar, le inspiraron estas sospechas. Experimentaba, además, cierto encono contra René, encono que olvidaba cuando no volvía á verla y se ocupaba de su trabajo y de sus amigos.

Uno de sus amigos políticos le llevó una mañana un libro que había aparecido el día antes, de autor desconocido; era un libro admirablemente escrito.

—Leedlo (le dijo); es una obra maestra.

Roberto se encerró con el libro, y á medida que iba leyendo, parecía ver surgir ante él un inmenso monumento. Estaba abatido y entusiasmado á la vez, y cuando hubo acabado

aquel libro, lleno de ideas que comprendió bien, exclamó: «¡Thévenin es el autor de este libro!» Thévenin, en efecto, estaba allí, con sus tristezas, con su desesperación, con sus fundadas dudas cambiándose en esperanzas, y con toda su política de sacrificio; la fe en el amor al progreso vivía y palpitaba en aquel libro. Roberto reconoció en él las frases, las ideas, las conversaciones enteras que él había tenido con Thévenin. Le pareció que nada había pasado entre los dos; que Thévenin estaba allí hablándole y animándole. Después, pensando en todo lo que les separaba, y en aquel adiós sin reproche lanzado por el amigo fuerte al amigo débil, y en aquella sombra en que Thévenin se envolvía de nuevo, se sentía vencido, pequeño, humillado, y no pensaba sin cólera en todo lo que había perdido de santa amistad por un amor desdeñado bien pronto por él.—¡Ilusiones de un día! ¡Alegrias pasajeras! ¡Delirios olvidados!....

—¡No importa (dijo, mirando el libro); ahora no estaré tan solo!

Se fué al café en donde se reunían algunas veces los redactores del periódico en que colaboraba.

—Y bien (le preguntó Miguel Ménard, que era el que por la mañana le había llevado el libro): ¿qué os ha parecido el libro?

—Es un tratado superior á toda ponderación, verdaderamente admirable.

—¿Sabéis á quién se lo atribuyen?—dijo otro de los presentes.

—No,—respondió Burat.

Le dieron *El Nacional*, señalándole un suelto en la miscelánea, en que Roberto leyó:

«Se nos asegura que el magnífico libro anónimo titulado: *Libres palabras de política y filosofía*, de que tanto se ocupa el público, y que nosotros prometemos examinar detenidamente, es obra del joven autor, ya ilustre publicista, el señor Roberto Burat, autor también de los *Manuales de educación popular*.»

—¡Y bien!—dijo Miguel Ménard, dirigiéndose á Roberto.

—Se equivocan (interrumpió éste con precipitación); y yo mismo desmentiré esa noticia. Mañana llevaré un suelto al periódico; tengo gran interés en aparecer ajeno por completo á ese libro.

Negó con tanto acaloramiento que el libro le pertenecía, que hizo sospechar á los otros de su fidelidad en política. Se hubiera creído que Roberto temía acoger las ideas del autor anónimo. Siguió á esto un silencio muy significativo. Roberto se había callado, y los otros no se atrevían á preguntarle. Pretestó un fuerte dolor de cabeza, y se retiró. Al otro día apare-

ció en el periódico una carta en que Roberto desmentía la noticia de *El Nacional*, y declaraba no tener participación alguna en el libro en cuestión, que estaba siendo el objeto de acaloradas discusiones. Leyó con alegría la carta impresa.

—¡Le he quitado bastante! (pensó.) ¡Robarle su gloria, sería demasiado!

Sin saberlo, corría en aquellos momentos un gran peligro. Tomaron su declaración en el periódico por una abdicación indigna. Los dardos estaban afilados; deseaban el momento de herir, y éste no se hizo esperar. Una noche apareció en un periódico oficioso un extenso artículo elogiando á Roberto y á sus obras. El artículo era más que parcial; parecía escrito por un amigo. Las ideas de progreso de Roberto estaban apenas tocadas en él. No se ocupaban más que de él, de su personalidad, de su estilo, realzando su talento con algunas palabras de doble sentido, que no se escaparon á los amigos de Roberto.

Le hacían más daño de lo que parecía á simple vista aquellos elogios, con todas sus alabanzas y engrandecimientos, por partir del campo enemigo. Más sorprendido que sus amigos quedó Roberto, confesando ingenuamente que no comprendía ni una palabra de aquello, y que desconocía por completo la fir-

ma del autor. Parecía descontento, y, sin estar cierto de ello, adivinaba que la desconfianza tan viva, surgida entre los partidos políticos, comenzaba á destrozarle.

Acostumbrado á obrar con rectitud, le fué penoso ver que le atribuyeran un libro que él no había escrito, y cuya gloria pertenecía á otro, falto de valor para firmarlo. Empezaba á respirar con menos facilidad, como si el aire fuera más espeso, teniendo el presentimiento de que aquello no pararía allí.

Miguel Ménard le despertó por segunda vez una mañana.

—¿Conocéis esto?—dijo á Roberto, dándole un periodiquillo de esos en que la pluma vierte una malignidad espantosa.

—No (contestó éste, que aún estaba en la cama): ¿qué pasa?

—Es ni más ni menos que una acusación (dijo Ménard con irónico tono). Dicen que os habéis pasado al gobierno, y lo imprimen con toda naturalidad en este periódico. ¡Pensad en lo que debéis hacer!

—¡Cómo!—exclamó Roberto, poniéndose lívido.

Abrió el periódico, encontró sin buscarla la columna en que hablaban de él, y ponían la cifra de la pensión que el gobierno le había señalado.



—¡Pero esto es infame!—dijo, arrojando el periódico.

Miguel Ménard estaba callado, y miraba á Roberto como inspeccionándolo.

Éste añadió:

—¡Voy á abofetear al hombre que ha mentido de una manera tan indigna! ¿Me acompañaréis, no es verdad?

—¡Un duelo! (dijo Miguel.) ¿Es eso todo lo que se os ocurre?

—¿Qué queréis que haga?

—Una de dos: ó esto es una calumnia....

—¡Está bien! (dijo Roberto.) ¡También vos sospecháis de mí, ó habéis sospechado por un momento!

Entonces comprendió toda la importancia de aquel intencionado y malicioso suelto, más terrible que si lo hubiera herido en el corazón.

—¡El artículo de ayer, el suelto de hoy!.... ¡El ultraje tras la alabanza!.... ¡Veo una mano oculta en todo esto! Se sentó ante la mesa á medio vestir, estuvo escribiendo algunos momentos, y entregó el escrito á Ménard.

—¿Podéis insertar esto en el periódico?

—¡Veremos!—dijo éste, y leyó:

«Señor Director del....

»Muy señor mío: De todas las emociones que he experimentado en mi vida, que no han

sido pocas, ninguna ha sido tan fuerte como la que me ha causado la lectura de un periódico que dice estar bien enterado, y que fija hasta la suma que he recibido del gobierno por abdicar de mis ideas. La cifra total y mi nombre se leen sin faltas de ortografía. Un hombre que se acostara sano, y al despertar se viera cubierto de lepra, no se hubiera sorprendido ciertamente tanto como yo me he sorprendido al leer tan intempestivas como ignominiosas re-  
criminationes. Se apoyan para aseverar mi defección, ó mi conversión, como queráis entenderlo, en que he negado haber tenido parte en la colaboración de un libro, ya célebre, del cual me adhiero al pensamiento, sin quitar al autor, que debe ser uno de los más elevados y brillantes escritores de nuestra época, la gloria de haberlo creado. No lo he escrito, y no puedo decir lo contrario. Me llenaría de orgullo si pudiera llegar á hacer una obra como esa, y no desearía más que poderla imitar en su grandeza de pensamientos. Que los periódicos del gobierno aplaudan mis libros, no prueba más sino que no los han leído bien. Soy un hombre de batalla, y esperaba que mis adversarios me la dieran. Si la pólvora destinada á combatir la gastan en hacer fuegos artificiales en mi honor, no puedo hacer otra cosa que felicitar-me por ello, aunque me cause risa. ¡No, se-

ñores míos, no me he vendido! ¿Y para qué había de venderme? No tengo otras riquezas que mis ideas y mi conciencia. Venderlas, sería empobrecerme. La prudencia, que es mi norte, y el deber, que es la prudencia eterna, me aconsejan igualmente la honradez ante todo. Permitidme que desmienta esa calumnia, que ha debido brotar de la pluma de un periodista asalariado, y que debe encontrar bien difícil digerir el pedazo de pan que gana de una manera tan *delicada*. Yo no soy de los que se venden, soy de los que se entregan; pero de los que se entregan á la justicia y á la verdad.

»ROBERTO BURAT.

»Calle del Infierno, número 14.»

—Está muy bien (dijo Miguel Ménard á Roberto, que estaba sentado, inmóvil y con los puños cerrados). He aquí una cosa que vale mucho más que un duelo á muerte.

—¿Seguís sospechando aún de mí?

—¡Ah, amigo mío, perdonadme; es tan débil la sociedad, y he visto tantas debilidadas! ¡No todo el mundo es de mármol, como vos, ni de piedra, como yo!

Cuando Miguel Ménard se fué, Roberto se dirigió precipitadamente á casa de René. Había

adivinado de dónde partía el golpe, conocido la mano de René y la astucia del barón Gueraud y de algún otro que se había unido á ellos en este asunto. Inutilizando á un socialista, como él llamaba á Roberto, el barón Gueraud salvaba al Estado y obligaba á René. Mataba dos pájaros de una pedrada. Roberto estaba demasiado irritado para abofetear á aquel viejo astuto y á aquella intrigante mujer. Cuando ésta le vió entrar, tuvo miedo; iba pálido, con los ojos inyectados. Dando algunos pasos hacia ella, y cruzando los brazos, le dijo con voz breve:

—¿Son esas las armas con que contabais?  
¡La calumnia!...

Un rayo de esperanza apareció en los ojos de René; había herido en lo vivo. Roberto sufría.

—Os lo había advertido (dijo ella, levantando la cabeza). ¡Ah, habéis preferido la guerra!....

—Eso es el asesinato, no la guerra.

—Se combate como se puede.

—¡Sois una miserable!....

René quería mejor sus injurias que sus desdenes. Todo aquello la volvía á la vida. Después de estas imprecaciones, hubo una reconciliación de lágrimas, de perdón y de caricias....

—No (dijo ella); yo no soy lo que tú dices: yo soy una mujer que te ama y que te quiere sólo para ella, y que se venga de su rival, la política, que odia, deseando arrancarla de tu cerebro, para reflejar tus pensamientos en mí sola. Escucha, Roberto: yo te he dicho que te amo; no he hablado á nadie así más que á ti. ¡Soy desgraciada; me vuelvo hasta fea! Yo no he llorado nunca, y ahora mis ojos no se ven secos de lágrimas. Y es por ti por quien lloro. ¡Ah! ¡Está vengado, yo te lo aseguro! (La imagen de Thévenin acudía á su memoria.) Te digo que no puedo vivir sin ti, ¿comprendes? ¿No ves que me hago mala? Te he hecho daño; pero, ¿crees que por eso te aborrezco? No, te amo; trae, trae esa mano. ¡Tienes calentura! He sido mala; te he ofendido. Oye: maltrátame, pégame, no tengas miedo de que me queje; pero dime algo, responde, habla. Quiero verte, oírte. (Roberto continuaba sin pronunciar una palabra.) ¡No, no! ¡Oh! Pero me aborreces, lo veo, lo comprendo bien.... ¡Anda con cuidado! ¡Ah, si tú supieras lo que mi imaginación maquinaba!.... ¡Cómo cambian las ideas en tan poco tiempo!.... Veamos; hablemos francamente: ¿qué es lo que tú deseas? Tú eres ambicioso. ¡Bien! Yo te serviré; serás poderoso, tendrás todo lo que deseas. De todos modos, tú necesitas quien te sirva; yo seré tu

criada. Iré por todas partes; solicitaré, imploraré; conozco á mucha gente.... ¿Periodista? Se fundará un periódico para ti.... Sé que hay necesidad de jóvenes: serás diputado...., te apoyarán.... ¿No basta? ¿Qué deseas? ¡Me das miedo con tu silencio! ¡Vamos (continuó), contéstame algo, ó yo muero!

Roberto, impasible, la miraba sin responder.

—Vamos, escúchame. ¿Crees que miento? Mira, el señor Dupré-Dancourt, diputado por Maguncia, ha muerto, ¿comprendes? Se va á proceder á elección de su sucesor. El barón Gueraud ha nacido en Laval, y el país obedecerá á la más leve indicación suya.

Roberto apretaba instintivamente los puños.

—El Barón (continuó René, sonriéndose á cada palabra) verá al ministro, para manifestarle cuál es el candidato que el país prefiere, y esto será lo suficiente para que sea apoyado en París y en su distrito. ¡La elección está asegurada! No se pide la sumisión al gobierno. El apoyo moral será suficiente. ¿Quieres ser diputado, Roberto?

Este había tenido la fuerza de voluntad suficiente para dominarse, y, mirándola con frialdad:

—Señora (la dijo); no me conocéis: acabáis de intentar sobornarme, y habéis abierto en mí una herida que no se cicatrizará jamás.

No os hablaré de mi odio, porque, ¡qué podéis temer de él! Todo ha acabado entre nosotros. Del amor que sentía por vos, no queda más que un recuerdo, que tratáis de convertir en un remordimiento. Dejadme en libertad, olvidadme, y tratad de olvidar también lo mucho que debe sufrir *quien sabéis*. Os ruego que no me volváis á hablar más de ambiciones que no tengo. ¿Proponerme qué? ¡Venderme yo! ¡Creo no haberos dado el derecho de despreciarme así!»

Á estas palabras, René, que estaba sentada y reclinada en un sillón, abandonó la mano de Roberto, que tenía entre las suyas. No trató de protestar, ni insistió en retenerle; le vió alejarse, comprendiendo que no volvería más; pero se sintió sin fuerzas para luchar en aquel momento. Si Roberto la hubiese injuriado, castigado, por cruel que fuese el castigo que la diera, hubiera besado la mano que la castigaba; pero el desprecio con que respondía á su pasión y la frialdad de sus palabras, la ponían fuera de sí. En el fondo del corazón de Roberto no quedaba ya nada. Toda su actitud significaba un adiós irrevocable. ¡Qué desesperación! ¡Qué rabia! ¡Abandonada; su amor rechazado! Se creía la mujer más desgraciada del mundo. Esta idea la hacía perder su altivez y su orgullo, que poco antes la embriagaban.

¡Ya no la importaba nada la vida; tan sólo aquel amor perdido era lo que deseaba! ¡Necesitaba el amor de Roberto, y quería poseerlo á toda costa!

Entonces, y como si hubiera perdido hasta el último átomo de pudor, se lanzó en busca de él, segura de encontrarle. Cuando le veía en la calle, se echaba el velo á la cara para no ser vista de él. Quería hablarle, y no se determinaba á hacerlo. Le seguía desde lejos, tratando de adivinar las ideas que germinaban en su mente, por ver si descubría aún en él algún átomo de cariño hacia ella. Otras veces iba á su casa, pasaba como huyendo por la portería, y subía precipitadamente los primeros escalones; después, con más lentitud, seguía subiendo, se paraba y escuchaba, latándole el corazón, y, ardiendo como presa de intensa fiebre, se cogía del pasamano para encontrar algún alivio en la frialdad de éste. Entonces no se atrevía á dar un paso más. Afrontaba su implacable desvío, se irritaba contra la frialdad de Roberto, lloraba, y, sobreponiéndose á su humillación, seguía subiendo, llegaba á la puerta del cuarto de éste, cogía el cordón de la campanilla...., escuchaba como si quisiera oír el eco de su voz; pero después de la puerta había una antesala, y la habitación en que Roberto acostumbraba á trabajar estaba más

lejos.... Los vecinos que subían las escaleras miraban con extrañeza á aquella mujer inmóvil en el descanso. Si sentía andar á alguien tras de la puerta, se amedrentaba, descendía precipitadamente las escaleras, y huía, reprochándose su falta de valor. Un día se determinó á llamar. Abrieron la puerta. Era Miguel Ménard. Roberto no estaba en casa; ella, sin decir quién era, se volvió á su casa desesperada.

¿Para qué le buscaba? Para verle. Quería hablarle, repetirle lo que ya le había dicho un millón de veces, y decirle con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Te amo!» ¡No había de ser siempre de mármol! La idea de que su desdén para con ella podía ocultar un resto de amor, la animaba. Volvió á casa de Roberto, y éste la recibió con más amabilidad que la que mostró en su última entrevista. La escuchaba y respondía con una dulzura que la hizo concebir esperanzas. Con esto, su pasión crecía, y pensaba ya en la manera de vengarse cuando se hubiera apoderado de nuevo de él.

Roberto se encontraba una tarde en el café, solo, leyendo un periódico, mientras que esperaba á sus amigos. Interrumpió la lectura, y quedó pensativo en medio de aquel ruido, de aquella baraúnda de mozos que iban y venían, de conversaciones que se cruzaban, rui-

do de puertas al abrirse y cerrarse, choques de vasos, de dominós, que parecían llamar á los jugadores, con el ruido que producían sobre la mesa, mirando sin ver las fisonomías de los asistentes al café; la luz del gas perdía su brillo en aquella atmósfera cargada por el humo de los cigarros. Una mujer entró y se fué derecha al salón, miró á su alrededor, y cuando su mirada encontró á Roberto, se dirigió adonde él estaba sin vacilar. Se sentó frente á él, y se alzó el velo. Era René, pálida como un cadáver.

—¿Qué queréis?—preguntó Roberto, de muy mal talante.

—Vengo de la calle del Infierno (contestó con viveza); y no habiéndoois encontrado, supe que os hallaría aquí, y aquí me tenéis. Necesito hablaros imprescindiblemente.

Roberto hizo un significativo gesto, que quería decir: esto es una persecución.

—¿Podremos hablar aquí?

—No, venid,—dijo el joven, levantándose.

Salieron á la calle; ella se cogió de su brazo, y él la dejó obrar.

—Roberto (dijo René); sufres con mi persecución, con mi presencia; crees hacerme retroceder, pero te engañas. Soy tuya para siempre. No me separaré de ti ya más. Entre la mujer que tú conociste y la que te habla,

hay un mundo por medio. No me conozco á mí misma, no me da vergüenza seguirte, ni esperarte, ni implorar tu amor; por el contrario, soy dichosa al hacerlo. Tú creías deshacerte de mí pronto; pero no lo conseguirás: una mujer cuando ama, es terrible. ¿Por qué me pediste que te amara? Te cogí la palabra, y no puedes retroceder. ¿Por qué no me dijiste que eras tan voluble y que bastaban á tu amor las delicias de un día? ¿Porque yo no he sido más que amor de un día para ti! *Él* ha matado tu amor, *él*, que se cruza siempre entre nosotros. Tú no has podido amarme más, y cuando me has rechazado, he ido á buscarte. ¡Ah! El primer paso me costó mucho....; pero ahora, ahora estoy dispuesta á todo.... Me parece que te conozco desde mi infancia. Si me faltaras, me suicidaría. Por eso yo no te dejo; creo que soy tu sombra, y aquí me tienes. ¿Pero qué te importa esto? ¿Por qué me rechazas? ¿Te he hecho yo algún daño? ¿No te gusta de lo que te hablo? ¿Acaso no me he humillado bastante? ¿Por qué me abandonas? ¿Por qué esa cólera? Dime al menos que me aborreces. ¡Oh! Es una persecución, lo sé; pero ¿quién tiene la culpa? ¿Te he buscado yo? Tú has sido quien me has buscado, entregándote á mí, y yo te he acogido y te guardo. Te quiero. Cuando me has visto llorosa, agobiada bajo tus desdenes,

te has admirado, yhas dicho: ¡Cómo! ¿Es ella? —¡Ve, y cuéntaselo á ese que te dijo que yo no sentía nada, que yo era de hielo! ¡Ve á verle, y dile que es menester saber hacerse amar para ser amado! ¡Tú me has comprendido, y yo te amo! ¿Qué quieres?

Miraba á Roberto, que apretaba cada vez más el paso. Cuando pasaban por alguna tienda, al reflejo de la luz, podía ver que éste estaba muy pálido.

—En verdad (dijo éste), que ni siquiera habéis pensado en que al revolver de una calle puede presentarse vuestro marido como una acusación viviente.

—¡Oh! ¡Siempre él! (dijo ella con rabia.) ¡Quisiera encontrarle para vengarme de él!

Roberto se paró, la empujó bruscamente, y la dijo:

—¡Sois una infame!

—¡Roberto!—exclamó René, con voz suplicante....

Siguió tras él, y éste apretó el paso.

—¡Por vuestro cariño (dijo), le perdonaría lo que yo sufro!.... ¡Roberto! (continuó.) ¿Pero no os da miedo mi locura?... Todas estas cosas que perturban mi sentido, ¿no os asustan? ¿Creéis y os parece que es cosa natural que corra así por las calles tras de vos como una loca? ¡Me dais lástima! (continuó, con una es-

tridente carcajada de loca.) Tras de todo esto veo una gran desgracia.

—¡Ah! ¡Que venga esa desgracia! (dijo Roberto.) La espero. ¡Vuestras amenazas me causan menos miedo que vuestro amor!

Oyó tras sí un desgarrador suspiro; pero siguió andando sin volver la cabeza y acelerando el paso, como si le empujaran. Ella le seguía silenciosa. Él se dirigió á su casa. Ella también. Roberto no la veía; pensó que había marchado en opuesta dirección. Al llegar á la puerta, notó que estaba allí, á su lado. René se arrojó en sus brazos febril, desesperada; su fisonomía parecía expresar el terror del naufrago que ve perdida su salvación.

—¡Escucha (le dijo); me callaré, no volveré á intentar nada contra ti; pero déjame verte! No me rechaces.... ¡Si me he equivocado, tú has tenido la culpa! ¡Ah! Veo claro: él te ha dicho que yo no tengo corazón. ¡Pon en él tu mano, y verás cómo late!

Le cogió la mano, y aquella mano abrazaba.

—¡Tienes calentura!—le dijo.

El joven estaba lívido.

—¡Quiero cuidarte, salvarte, Roberto!—dijo René, entrando en la casa.

—No (contestó él). Necesito estar solo; déjame.

Empujó la puerta, y empezó á subir las es-

caleras. Su corazón latía con fuerza. Ahogaba un quejido á cada paso. Era su enfermedad habitual, que se había exacerbado.

Tomó una poción de digital, y esto le calmó. Contemplaba aquel licor con sarcástica sonrisa.

—¡Tormento! ¡Tentación! (decía.) ¡Los pensamientos del porvenir y los del presente! ¡Ese amor que se pega al hombre como la lapa á la roca! ¡Estos remordimientos que se crea uno con alegría, y estos sufrimientos de la vida íntima, unidos á los azares de la vida pública! La ambición, el amor desgarrado, la amistad perdida. El olvido de todos estos males está contenido en una cucharada de este licor, que los farmacéuticos cuidan de que no lleve una gota de más.

—¡Triste tiempo! (exclamó en voz alta.) ¡Infortunado amor! ¡Esa mujer se ha adherido á mí para no dejarme nunca! ¡Para siempre!

Y en medio de una especie de somnolencia llena de amargura y de lágrimas, veía levantarse entre él y el porvenir una infraqueable barrera. Había caído en un estado de fantasmagoría; probando saltar la barrera, cayó impotente y como atraído por todas las fatalidades de la vida y de su pasión. Sentía sobre su cuello la suave mano de René, convertida de pronto en una mano de hierro, que le retenía y

le arrastraba. Le parecía oír constantemente una voz desconocida, que le gritaba al oído: «¡No se realizarán tus sueños; tu gloria se eclipsará!»

En esa especie de batalla producida por la calentura, se confundía con su padre; René tomaba la figura de su madre, y le torturaba como la *otra* torturó al pobre ciego.

En su corazón rebosaba el odio, y las venas de sus sienes parecían querer estallar. El sueño llegaba á su cerebro, no para proporcionarle el reposo, sino para producirle una especie de congestión. La fantástica figura que invadía su cerebro, crecía y se agrandaba, tomando tal magnitud, que parecía no tener fin. Se agitaba en su lecho, buscando la frescura de las ropas y huyendo del calor que le producía su misma calentura. Á pesar de cerrar los ojos para no verla, no desaparecía de ellos la visión que distinguía en la obscuridad, agitándose de un lado para otro, haciendo fantásticos visajes.

Todos estos delirios se presentaban á sus ojos como una espantosa borrasca en medio del mar, pareciéndole oír una voz, que le gritaba:

—¿De qué sirven tantos trabajos, desvelos y sacrificios, si todo ha de estrellarse ante el capricho de una infame mujer, ante la nada, ante la ironía del azar?

## X.

En esos momentos de calentura y de desesperación que se apoderaban de él, Roberto pensaba en aquel pedazo de tierra, en Périgord, en donde quizá se albergaba la dicha de que él carecía; se preguntaba seriamente si no era mejor vivir á la sombra de los castaños, bajo las frescas ramas de las encinas. Tenía vivos deseos de irse allí y respirar el aire puro; abrazar al tío Germán, contárselo todo, y pedirle consejo. ¡Qué alegría! Pero París le retenía. ¡Tenía tanto á qué atender, tantos compromisos políticos adquiridos! Dejó ir pasando los días, y al fin se quedó. Una mañana, al levantarse de su cama, oyó que alguien llegaba á su puerta. Al abrirla, retrocedió sorprendido: era el tío Germán quien estaba allí. Roberto se arrojó á su cuello, y sintió que los brazos del anciano le estrechaban fuertemente.

—¡Ah! ¿Y no me habéis escrito?—le dijo.

—He querido sorprenderte (dijo el tío Germán.) ¡Una sorpresa agradable! ¿Tú no sabes que vengo á comerciar á París! ¡Oh, á comerciar; yo me entiendo! ¡Mi pobre Roberto, estoy completamente arruinado! (Tomó una silla,